

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 477.

MURCIA 11 DE JUNIO DE 1899.

La Juventud Literaria

DON MATEO REVESINO

UNA CURACIÓN COMO HAY MUCHAS

Notaba don Mateo

que se moría,
y su doctor Luis Gómez
no le entendía.
¡Qué sinsabores
aguantaba y qué angustias
y qué dolores!

Le dolían las muelas,
una rodilla,
la cabeza, los ojos,
la rabadilla,
la nuez, el bazo,
los tobillos, el vientro
y el espinazo.

Le decía su esposa
todos los días:
«Gómez te manda baños
y perquerías.
¡Qué sabe Gómez!
Tómate un coemiento
de piedra pómez.»

Sus amigos le hicieron
que se frotara
con cortezas de queso
toda la cara,
y alguien le dijo
que se diara en la nuca
con un botijo.

Llamó a una curandera
muy competente,
que le sacó los cuartos
bonitamente
por un unguento
de saliva de cura
de regimiento.

Viéronle tres doctores
bastante rubios,
uno le mandó emplastos
y pediluvios,
otro inyecciones
y otro zarzaparrilla
con chicharrones.

Un médico le dijo:
«¡quietud, Mateo!»
Otro: «cada dos horas
dé usted un paso.»
Y otro: «¡Cuidado!
Ni se mueva usted mucho
ni esté parado.»
Medicinas caseras
le dieron muchas:

chocolate con berros,
parches y duchas,
nieve templada
y enjundia de patrona
descoyuntada.

Poró todo fué en vano,
pues el paciente
se iba quedando seco
completamente,
hasta que un día
soñó con que un albeitar
le curaría.

Y el herrador famoso
de un pueblo vasco
le dijo a don Mateo:

«Compre usted un frasco
de kan-kin-kuchó,
medicamento chino
que cuesta mucho.»

Para ver si salía
de su desgracia,
don Mateo fué en busca
de una farmacia,
y equivocado
se metió en una fonda
que había al lado.

Allí le dieron una
betella chica
del mejor Valdepeñas
que se fabrica.
Y es evidente
que esto le puso bueno
completamente.

Y hoy el veterinario
(¡miren que cosa!)
se atribuye la cura
maravillosa
de don Mateo
Ravesino y González
que, según oíro,
tiene ya bien las muelas
y la rodilla,
la cabeza, los ojos,
la rabadilla,
la nuez, el bazo,
los tobillos, el vientro
y el espinazo.

JUAN PÉREZ ZÚNIGA



TIMOS FIN DE SIGLO

Se adelanta en esto, «que es una barbaridad.»

Véase una nueva muestra que es original é interesante.

Un comerciante de París, recibió el siguiente telegrama, fechado en Londres.

«Dependiente casa antiquísima robado veinte mil libras títulos. Créese habrá cogido vapor trave-la Estrecho. Cuido la llegada en el Havre. Si llega, recupere los títulos pero no denuncie al juez, pues el dependiente es padre familia queremos mucho. Entréguele 25.000 pesetas, escape América. Señas dependiente, cojo derecha.»

Henri y Compañía »

El comerciante metió en la cartera veinte y cinco mil francos en billetes, se puso en camino en el primer tren que salió para el Havre y á las pocas horas se hallaba ya en la pista de los viajeros que llegaban en los vapores.

De uno de éstos vió que desembarcaba un señor ya entrado en años y cojo de la pierna derecha. Las señas coincidían con el telegrama del corresponsal, y por si esto no bastara, observó que el viajero miraba á uno y otro lado, al parecer con recelo.

Echó á andar éste á poco rato, llevando en la mano una maletilla, como único equipaje, y siguió tras él, el comerciante. Entró aquél en el primer hotel que encontró á mano, seguido de su perseguidor.

Apenas se posesionó el forastero del aposento que le señalaron, entró, cerrando la puerta tras sí; pero no había aún acabado de hacer esto cuando llamó el comerciante, hasta dos veces, pues la primera no se dió por entendido el que estaba dentro.

Abrió, por fin, éste la puerta y con aire azorado preguntó en inglés:

—¿Qué quiere V.?

Entró en la alcoba el comerciante, y después de cerrada la puerta contestó en francés:

—Quiero que me entregue V. los títulos que lleva V. en la maleta.

—No entiendo--balbuceó en mal francés el viajero.

—Yo se lo diré á V. de modo que me entienda.—Y en correcto inglés añadió: —Estoy encargado por la casa Henri y Compañía, para decir á V. que me entregue las 20.000 libras en papel del Estado de que se ha apoderado V.

Al oír esto, el dependiente se echó á los pies del comerciante y de rodillas, llorando como un niño, le rogó que no le perdiera, que era un desgraciado padre de familia, á quien la fatalidad le había conducido á cometer ese crimen,

primera falta en su larga vida de hombre honrado.

El comerciante insistió para que le entregara los títulos y que una vez tenidos en su poder, le diera la conducta que pensaba observar.

Sacó el dependiente con mano convulsa una llavecita del bolsillo del chaleco, y temblando como un azogado trató de meterla por el ojo de la cerradura, pero era tal su estado nervioso, que no pudo conseguir su objeto, por lo que el comerciante fué quien tuvo necesidad de abrir la maleta. Dentro de ésta se hallaban las veinte mil libras en papel del Estado.

—Está corriente—dijo el Comerciante despues de haberse hecho cargo de los títulos aquellos.—Ahora, para que comprenda usted que los señores Henri y Compañía no son seguramente dignos de que se les haga una felonía como la por usted ejecutada, en su nombre y en atención á los muchos años que usted ha servido en la casa, le entrego 25.000 francos.

—¡Ah! señor...—replicó el dependiente buscando las manos del comerciante para recibir la cantidad aquella.

—Pero se los entrego á V. á condición de que marche de Europa sin pérdida de momento.

—Así lo haré, señor, embarcándome para América en el primer buque que haga rumbo para cualquiera de aquellos puertos.

Dicho esto se separaron comerciante y dependiente, éste, según dijo, en busca de un buque que lo condujera á Ultramar, y aquél á poner un telegrama á la casa Henri y Compañía, que decía así:

«Recuperadas 20.000 libras. detalles carta desde París, á donde vuelvo ahora mismo.»

Cuando llegó á su casa se encontró con la contestación á su telegrama diciéndole: «No comprendemos lo que quiere decir con la recuperación de las 20.000 libras. Esperamos detalles.»

Marcharon éstos y en su vista se vino en conocimiento que no había 20.000 libras robadas, pues los títulos eran falsos; lo verdadero del caso fué que timaron al comerciante parisiense ¡25.000 francos!

